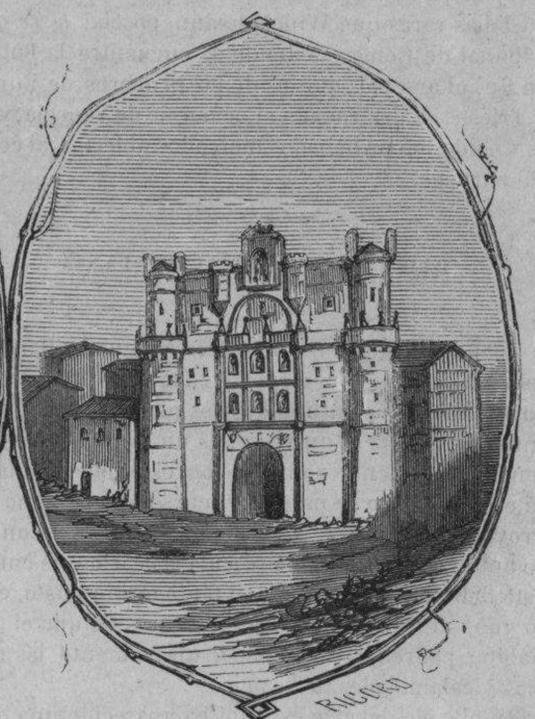


# El Periódico ilustrado.



Año II.—Número 63.  
DEL 1.º AL 8 DE JULIO DE 1866.

**SUMARIO.**—Búrgos.—El príncipe Carlos de Hohenzollern.—Trieste.—Revista de la semana, por Palacio.—Ismail, por A. J. Perchét.—Estudios históricos: D. Luis de Escobedo, por Belza.—Un recuerdo, por U. G. y Guimbo.—El telégrafo trasatlántico.—El rey de los gitanos, por Belza.—A Laura, por C. Gil.—Francfort.—  
**AMINAS:** Búrgos.—El príncipe Carlos de Hohenzollern.—Trieste.—Colocacion del nuevo cable trasatlántico.—Francfort.—Actualidades cómicas.—El príncipe Federico Carlos.



## CALENDARIO DE LA SEMANA.

D. 1 San Casto.  
l 2 La Visitacion.  
m 3 San Trifon.  
m 4 San Laureano.  
j 5 Santa Zoa.  
v 6 Santa Lucía.  
s 7 San Fermin.

ADMINISTRACION, PASAJE DE MATHEU, 6.

EL PERIODICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

SUSCRICION: Un año. Seis meses. UN NÚMERO  
Madrid. . . . 24 rs. 12 rs. MADRID..... 4 cs.  
Provincias. . 28 » 14 » PROVINCIAS. 5 id.  
Ultramar. . . 80 » 50 »

## BÚRGOS.

Antigua córte de los reyes de Castilla, situada junto al río Arlanzon, y en una vega amena y productiva. Se ignora á punto fijo la época de su fundacion, si bien se cree fué poblada por D. Diego Porcelos, de órden del rey D. Alonso el Magno. Alonso VI trasladó á ella la iglesia catedral de Oca, y su sucesor le otorgó fueros que fueron adicionados en los siglos XII y XIII. En ella se coronó por rey de Castilla D. Enrique de Trastamara, y tomó tambien una parte activa en el alzamiento de los comuneros, de los cuales se separó despues.

Cárlos III mejoró notablemente esta ciudad, que, agradecida, le ha levantado en su Plaza Mayor una estatua de bronce, lo mismo que levantó en el paseo del Espolon un suntuoso monumento al Cid Campeador, á quien cuenta en el número de sus hijos.

Entre los más soberbios edificios de Búrgos descuella la catedral, cuya singular perspectiva embarga, aun ántes de contemplarla de cerca, las miradas del viajero, no encontrando limites su sorpresa, y hasta encanto, al admirar sus torres, agujas y capiteles, tan llenos de primores y adornos como el más acabado retablo. El interior de tan preciosa fábrica corresponde á su exterior; cautivando, al espíritu más prevenido, la elegancia y desmedida altura del crucero, especie de cimborrio, y las magníficas capillas que, por sus dimensiones, parecen otros tantos templos.

En las inmediaciones de Búrgos se hallan la célebre Cartuja de Miraflores, monumento artístico de los más renombrados; el famoso monasterio de las Huelgas, cuya abadesa ha egercido, en siglos pasados, funciones semi-episcopales, y el histórico hospital del Rey, fundado en el siglo XIII por Alfonso VIII.

Búrgos es patria de multitud de hombres ilustres; entre ellos, San Julian, obispo de Cuenca; Nuño Rasura y Lain Calvo; el conde Fernan Gonzalez; Rodrigo de Vivar; D. Pedro el Cruel; D. Enrique III y otros muchos: por de-

lante de ella atraviesa hoy dia el ferro-carril que une á España con Francia; y su poblacion, segun los últimos datos estadísticos, no bajará de veinte mil almas.

## EL PRÍNCIPE DE HOHENZOLLERN.

Hace algunas semanas publicamos en nuestras columnas el retrato del príncipe Couza, soberano destronado de los estados de Moldavia y Valaquia, que habita actualmente en París. Hoy ofrecemos el del príncipe que le ha sucedido, y que ha tomado hace pocos dias posesion de su reino.



EL PRÍNCIPE CARLOS DE HOHENZOLLERN,

NUEVO SOBERANO DE LOS PRINCIPADOS DANUBIANOS.

Cárlos de Hohenzollern es pariente cercano del rey de Prusia, y hermano de los célebres príncipes de su apellido, que en las grandes reuniones de París del último invierno, han llamado tanto la atencion por su elegancia y afabilidad.

Llamado al trono por la voluntad del país, el príncipe Cárlos parece, por sus prendas personales, muy digno de ocuparlo; y así lo ha comprendido la poblacion, que le ha acogido en todas partes con el mayor entusiasmo desde el momento en que se dió á conocer, al desembarcar del steamer austriaco que hace el pasaje del Danubio, y que le condujo, ignorando quien era.

El Monitor francés ha descrito la ceremonia de su presentacion en la córte, en los términos siguientes:

«Ayer á las cuatro de la tarde, el príncipe Cárlos de Hohenzollern ha hecho su entrada solemne en Bucharet al son de las campanas. Las autoridades, que le esperaban á las puertas de la poblacion, han presentado el pan y la sal al príncipe, quien se ha dirigido despues en carruaje á la Cámara de diputados y la iglesia Metropolitana.»

El gobierno de Bucharet, ha pedido con este motivo á la Cámara un crédito para la formacion de un campamento destinado á la defensa de la capital, y ha votado por unanimidad los derechos de ciudadanía en favor del príncipe Cárlos Antonio, padre del nuevo soberano, á fin de llenar así las condiciones necesarias de la ley de eleccion.

## TRIESTE.

Los periódicos han anunciado estos dias que la escuadra italiana, cuyo mando se ha encargado al almirante Persano, habrá bombardeado á estas horas á Trieste.

Trieste es una preciosa villa de cerca de cien mil habitantes, y el puerto marítimo más importante del Austria.

La poblacion se divide en Ciudad Vieja y Ciudad Nueva. Esta última con-

tiene hermosas calles, bordadas de magníficos edificios simétricos.

Sus monumentos más notables son la catedral de San Justo, el museo Winckelmann, fundado sobre el lugar mismo donde fué asesinado este sabio por su compañero de viaje, ansioso de apoderarse de varias medallas raras que Winckelmann poseía; *le Tergesto*, tribunal de Comercio donde se encuentra la Bolsa, y en fin, el arsenal, que es de los primeros de Europa.

Trieste ha destronado el comercio de Venecia, y hoy es uno de los principales mercados abiertos al comercio europeo.

## REVISTA DE LA SEMANA.

Cuando en la serena atmósfera, en que brillan como luminosos astros las ciencias y las artes, aparece una constelación nueva, uno de esos planetas destinados á inundar de luz el universo, es un deber, en los que tenemos frecuente contacto con el público, señalarle la esfera en que se mueve, el curso que la mano de la Providencia le traza, y los signos exteriores con que se anuncia. Hoy se nos presenta la ocasión de cumplir este deber; y lo hacemos con tanto mayor gusto, cuanto que, al remontarnos á las alturas en que el genio habita, podremos olvidar por un momento las miserias y calamidades de la tierra.

En el cielo del arte español ha aparecido una estrella de primera magnitud; un artista que, oscuro ayer, desconocido todavía para la muchedumbre, será mañana honra y orgullo de su patria, y atraerá sobre sus obras la admiración del mundo.

Este artista, destinado quizá á ceñir á su frente el laurel de los Velazquez y Riveras, se llama Fortuñ.

Tiempo hace ya que entre los aficionados á la pintura, entre la pléyade de jóvenes que corren á buscar la inspiración bajo el cielo de Italia, circulaba la grata nueva de que en ella crecía y se desarrollaba un pintor que, siendo casi un niño, traducía á la perfección el estilo de los grandes maestros, y demostraba poseer en alto grado esa originalidad y ese atrevimiento que sobreponiéndose á todas las reglas, producen los genios verdaderos ó las nulidades funestas, pero jamás las medianías. Cuantos habian visto sus dibujos, se hacían lenguas de su talento y aplicación; cuantos le conocían encomiaban su mérito, al par que su modestia. Unos y otros elogios parecían entonces exagerados; hoy nos parecen mezquinos ante la realidad.

El joven Fortuñ nació en un pueblo de Cataluña, y se ocupaba en iluminar fotografías y estampas, cuando por influencia de algunas personas que adivinaron sus felices disposiciones, fué enviado á Roma, con una pensión de la diputación provincial de Reus. Cuando esto sucedió, y hace de esto siete años, Fortuñ no contaba más de veinte. Su amor al estudio, su carácter poco expansivo, su entusiasmo por el arte, todo en él ha contribuido al desarrollo de su inteligencia; todo ha conspirado para hacer de él un notable, un eminente artista.

Paisajes, cuadros de género, acuarelas, grandes lienzos de composición, aguas fuertes, nada hay en que no sobresalga, nada en que no demuestre su buen gusto, y su fecundidad prodigiosa. Desde su batalla de Vad-Ras, que, según opinión de los inteligentes, será, después de concluida, una obra digna de Horacio Vernet, hasta sus bocetos más sencillos, en todo se vé la mano del genio superior para el que no existen secretos en la naturaleza, ni prescripciones en la teoría, ni dificultades en la práctica.

Cataluña puede estar orgullosa de sus hijos; el país que puede presentar entre sus pintores á Fortuñ, Sans, Mercadé, Ferran Maureta, y tantos otros; entre sus escultores á Suñol, Figueras y los Vallmitjanas; entre sus escenógrafos á Soler y Plá, y entre sus literatos á Rubio y Ors, Balaguer, Ortiz de la Vega, y con más que omitimos por no pecar de prolijos, tiene derecho á que se le llame, no sólo el primer pueblo fabril de la Península, sino uno de los más adelantados y artísticos de Europa.

El distinguido artista Sr. Fortuñ vive hoy entre nosotros, aunque desgraciadamente por pocos días; su paso por París ha inaugurado la serie de sus triunfos; los artistas más famosos le han aplaudido y celebrado; los más ricos salones se han engalanado con sus lienzos; si nuestra voz puede llegar á oídos del Sr. Fortuñ sólo le pediremos una cosa; que no prive á sus amigos y admiradores de ver alguno de sus tra-

bajos, seguro de que al volver á Roma llevará detrás de sí el recuerdo de muchos que se interesarán por su suerte, y se regocijarán con su gloria.

La semana comenzó, como dijimos el otro día, con malos auspicios, y no tiene traza de mejorar. Si algo puede consolarnos, es lo despejado del tiempo, que convida á la distracción y la holganza, cosas ambas á que nuestra débil naturaleza nos inclina.

Los teatros están completamente muertos. Sólo el Circo de caballos nos entretiene con sus violinistas cómicos, sus perros sabios, y sus trapecios maravillosos. La buena sociedad lo frecuenta *aliquando*, y eso que la buena sociedad principia ya á huir de los calores de la villa y corte.

Se anuncia para uno de estos próximos días la aparición de un libro del conocido poeta Sr. Campoamor, que será una nueva edición de sus dolores y cantares, considerablemente aumentada. Del mérito del libro puede juzgarse por el sólo nombre del autor; del mérito de la edición podrá formarse idea sabiendo que está hecha con esquisito esmero por el popular editor Sr. Durán.

También se publicará en breve el segundo y último tomo de *Los Trabajadores del mar*, novela de Victor Hugo, cuya propiedad pertenece á los Sres. Gaspar y Roig.

M. DEL PALACIO.

## ISMAIL.

### HISTORIA ARGELINA.

#### A Encarnacion.

En el nombre de Dios, que es bueno y tiene misericordia.

Virgen de los cabellos rubios, oye la historia de Ismail, y ojalá sus infortunios puedan conmovier tu alma.

Ismail es pobre. Y rico..... Pobre de bienes; rico de amores.

No tiene caballos del Sahara, ni camellos, ni tiendas, ni esclavos, ni armas brillantes, ni vestidos suntuosos; pero ama, y su corazón rebosa ternura y poesía.

Ismail vive soñando.

¡Dichoso el hombre que sueña!

Zora la argelina es bella como una noche en el Sahara. Y la adora Ismail, y por la noche abandona su miserable gorbí para volar á la tienda de Zora.

Y ella animaba la naturaleza según la alegría que derramaba en el corazón de su amante; y cuando Ismail no la veía, huérfano de amores buscaba algo suyo en lo más hermoso de la tierra.—Sin ella, ni luz en el cielo ni en su alma, y llanto en su alma y en sus ojos.

Amar no es bastante. Después del amor, ¿qué más?

Ismail quiere casarse y no puede reunir el dote para tomar esposa y formar un aduar.

Y un día el creyente habló al padre de Zora de este modo:

—¿Sabes que amo á tu hija?

—Lo sé.

—¿Y que deseo casarme?

—Lo sé; pero eres pobre.

—El amor no ambiciona riquezas.

—Mas necesita vivir.

—Y ¿qué hacer?

—Espera; y si está escrito que Zora sea tu esposa, lo será.

La suerte favoreció á Ismail.

Un *agá* publicó edictos, diciendo que compraría á buen precio cuantas pieles de pantera le presentasen los árabes.

—¡Dios es grande! exclamó Ismail, y despidiéndose de Zora, sin comunicarle su intento, abandonó su tribu y salió al campo.

Aquella noche volvía á su casa con la piel de una pantera.

La esperanza brotó en el pecho del árabe y á la tarde siguiente entraba en campaña.

A la pálida luz de las estrellas, descubrió una masa oscura que adelantaba en silencio.

Ismail estaba sentado al pie de un árbol.

Preparó su espingarda y esperó.

Un momento después brillaron sus ojos de alegría.

La masa que habia visto era una pantera.

El hermoso animal avanzaba majestuosamente, imprimiendo á su cuerpo graciosas ondulaciones.

Ismail se levantó.

La pantera se detuvo á veinte pasos de distancia.

El joven temblaba.—Ni aun su respiración se oía.

Apuntó á la cabeza de la fiera, y ésta avanzó diez pasos más.

El árabe disparó.

Un rugido terrible y un grito de angustia resonaron casi al mismo tiempo.

La pantera herida se habia arrojado sobre el cazador rompiéndole una pierna.

Ismail, sin turbarse, y con extraordinaria rapidez, desenvainó un largo puñal y lo hundió en el vientre de su enemigo.

Un instante más, y el creyente habria dejado de existir.

La pantera, desfallecida, abandonó su presa.

Ismail se habia salvado.

Largo tiempo padeció terribles dolores, y al cabo de dos meses recobró la salud, pero quedando cojo.

Por fin llegó un día en que pudo dirigirse á la tribu de Zora.

Caminaba apoyado en un grueso bastón.....

Vosotros, los que habeis amado, comprendereis cuál fué su contento al descubrir la tienda de la africana.

La emoción de Ismail era inmensa.

Se detuvo y murmuró estas palabras:

—Búcaro de mis amores, recibe la bendición del pobre Ismail. Siete y siete veces dichoso cuando te miro. Olor de perfumero, belleza que no muere, contigo mi pensamiento, que al verte se alegra como noche de luna llena. Y tú luna, y yo noche; que la noche tiene lágrimas y la luna resplandor; y la luna rompe el velo de lágrimas que vertió la noche, y tu rostro de sol rompe el velo de mi tristeza. A tu lado amores de cielo, de escogida, de ave que es canto y el canto suspiro, y el suspiro aroma que sube, sube al cielo.

Sentir es... sentir. Pensar, es quitar la vida al sentimiento.

¡Gualah! ¿Cómo decirlo?

Zora, al reconocer á su amante cojo y sin fuerzas se burló de él en su rostro, y con lenguaje amargo lo despidió para siempre.

Y el desgraciado maldijo en ella la ingratitud de las mujeres, y luego rodó por tierra sin conocimiento.

Al volver en sí, estaba loco.

AUGUSTO JEREZ PERCHÉT.

Granada y Abril de 1866.

## ESTUDIOS HISTÓRICOS.

### D. Luis de Escobedo.

(Continuacion.)

Pasaron los primeros años del ministerio de Antonio Perez en la tranquilidad y aplicación de los negocios. Los asuntos más secretos de la diplomacia iban á su despacho particular, donde nadie podía escudriñar sus misterios; y la facilidad, la prontitud, la habilidad previsora con que resolvía los enredos y complicaciones de la política extranjera, lo alzaban más y más en el ánimo del rey. Poco á poco fué estrechándose la intimidad del monarca y del vasallo: Antonio Perez pudo estudiar en el abandono de su vida privada, aquella alma tan enérgica y vehemente, aquellas pasiones tan reprimidas y profundas, aquel entendimiento tan vasto y orgulloso que, uniéndolo con fuertes azos los deberes del monarca con las inclinaciones del hombre, marchaba á un gran objeto, arrollando los terribles obstáculos que á su paso se oponían. Identificándose con los altos pensamientos de su rey, propúsose el joven secretario ser instrumento de sus planes. Temió y amando al par á Felipe, sirvióle leal y fielmente recibiendo en pago mercedes, honores y distinciones que lo hicieron pronto el personaje más importante de la corte española. Los obsequios lisongeros, los magníficos convites, los regalos suntuosos empezaron á deslumbrar lentamente su alma apasionada y liviana. La sed de lujo que habia adquirido en las capitales de la Italia corrompida, se despertó en su corazón para abrasarlo con vanidosos deseos. Naturalmente espléndido y generoso, necesitaba más que otro alguno la riqueza, para derramarla en dones

y prodigarla en festejos y festines: así sus sueldos, si bien considerables, no bastaban á cubrir la enormidad de sus gastos.

Aunque poco aficionado á los goces del lujo personal, ayudaba el monarca con donativos de valer á la insensata magnificencia de su caprichoso favorito. El pueblo, sin embargo, le acusaba de concepciones, y si bien algunas eran hijas de la envidia cortesana, desgraciadamente quedaron bien probadas otras, por el dicho mismo de los interesados y la confesion de los que intervinieron. Sin contar los altos derechos que señalaba la costumbre á los secretarios que refrendaban los despachos de investidura, recibió Antonio Perez magníficos regalos, conociendo que, á saberlo el rey, corría grave peligro su fortuna. Decía Felipe que los funcionarios públicos no debían aceptar á título algunos dones de extranjeros, que siempre demandaban en cambio sacrificios perjudiciales al Estado. Contábase en la corte que el mismo D. Juan de Austria, por tener á su favor á Antonio Perez, le había enviado, entre otras cosas, un brasero de plata que se estimaba en doce mil duros: asegurábase que los Médicis le mandaban sumas considerables para conservar el gran ducado de Florencia y la investidura de Sena: decíase también que todos los pretendientes á embajadas y á vireinatos dejaban como ofrenda propiciatoria en sus altares, alhajas y donativos de considerable valor. Hablábase mucho de las famosas pinturas que Andrea Doria le había regalado de Italia para adornar sus suntuosas habitaciones: de las telas de oro y de damascos carmesies, que valuados en alta cantidad, le dió D. Pedro de Padilla, maestro del tercio de Nápoles; de los seis mil doblones que costó á Marco Antonio Colonna su título de virey de Sicilia, y de los seis mil escudos que por el gobierno de Milan abonó el duque de Medina Sidonia.

Estos rumores corrían cada vez más acreditados, aunque se revelaban en secreto por ser difíciles las pruebas, delicado el asunto, temible y poderoso el ministerio. Fuerza es, sin embargo, confesar que tenían hartos serios fundamentos, dándoles cuerpo é importancia el frenético lujo del envidiado secretario. Ningun personaje de la corte, incluso el rey mismo, ostentaba tanta magnificencia exterior. Cubiertos de aceites y de esencias sus cabellos, con guantes y valonas perfumados, bordado de oro el tisú de sus vestidos, deslumbrando la pedrería en los puños de sus mangas y en el broche de su gorra, se presentaba Antonio Perez en las funciones y en la cámara real, al lado de Felipe II, vestido casi siempre de seda negra, al frente de los cortesanos, que procuraban imitar, en palacio al ménos, la severa sencillez del rey.—Como los más encumbrados personajes de la grandeza, tenía gentiles-hombres y pajes á su servicio. Sus lacayos, sus sirvientes se agolpaban en sus salas para atenderle; y cuando viajaba al Escorial ó á Toledo, llevaba consigo coche, carroza y litera, con muchos criados de á pié y á caballo para guardar su persona y realzar su dignidad.

Vivia junto á San Justo, en las casas del Cordon, pertenecientes al conde de Puñonrostro; y á poca distancia de la poblacion tenia su casa de campo, construida y alhajada al gusto de las villas de Roma. Ansioso de trasplantar en la severa capital de la monarquía española las costumbres afeminadas y la muelle cortesania de los príncipes de la antigua iglesia, imitaba en el adorno de sus habitaciones la delicada suntuosidad de los Caraffas y Albanos, de los Colonnas y Orsinis. Los tapices flamencos alfombraban el pavimento de mármol, y las pinturas de los mejores maestros de la escuela italiana, las vírgenes de Rafael y las Venus de Ticiano se juntaban en las paredes. Trabajados muebles de maderas raras, sillones y reclinatorios cubiertos de paño de oro ocupaban sus cámaras, y en sus gabinetes reservados veíanse imágenes voluptuosas regaladas por Francisco de Médicis. Había mandado hacer su cama igual en un todo á la de este soberano; y los ociosos que se reunían por las mañanas en las gradas de San Felipe, decían que más de una dama de alta grandeza había ido á olvidar en aquel lecho y en aquellos gabinetes el honor de su nombre y las tradiciones de su hidalguía.

Ni en los mejores tiempos del emperador había gastado más ostentacion un secretario. El día que no comía en el Estado, traíanle las viandas, con la más minuciosa etiqueta, en vajillas de plata y oro, acompañadas de muchos criados del servicio. En sus caballerizas tenia siempre treinta caballos de silla para paseo, y su mesa estaba franca para sus numerosos amigos y los extranjeros de distincion que acudían á Madrid á

activar el despacho de sus pretensiones. Sus alhajas eran siempre las más elegantes de la corte, y adornadas con lazos y divisas misteriosas, sacadas unas veces de los poetas latinos y otras de las Santas Escrituras; porque Antonio Perez estudiaba indiferentemente la Biblia, Petrarca y Horacio.

Avaro de delicias, aficionado á los goces del amor, había apurado, en los brazos de muchas mujeres, los placeres que le brindaban su posición y su figura. Su razón serena despreciaba la vanidad femenil y juzgaba friamente los móviles y resortes de sus pasiones, al paso que su alma inconstante y su ardiente temperamento le llevaban siempre á buscar esas empresas amorosas, de que se burlaba luego con ásperos sarcasmos. Su conversacion fina y delicada entre las damas, conservaba siempre una tinta de ironía al hablar de la dulzura de ciertos encantos y de la veracidad de ciertos sentimientos. Más accesible á la vanidad que al amor, vendíase á los piés de una encumbrada señora, ó se lanzaba en bacanales nocturnas y secretas entre prostituidas cortesanas, como para vengarse de la delicada y amante pasión que sabía afectar con tan admirable hipocresía.—En la corte de España, más que en otra alguna, era necesario salvar las apariencias: el rey daba el ejemplo del decoro, y su severidad no consentía que el más leve escándalo contra la moral pública quedase impune, si bien no escudriñaba la conducta particular de sus consejeros. Antonio Perez sin embargo, fiado en la alta confianza que le dispensaba, no guardaba con frecuencia la reserva debida, y alguna vez, despues del despacho diario, le vieron los gentiles-hombres y los pajes platicando por las ventanas de palacio con las damas de la reina, y teniendo con la bella doña Ana Manrique diálogos amorosos de equívocos conceptos.

Estas franquicias, en el severo ceremonial de la corte austriaca, llamaban fuertemente la atención; pero nadie daba cuenta al monarca de tan ligera conducta, porque todos sabían en cuánto estimaba la capacidad y servicios de Antonio Perez. Felipe notaba muchas de estas faltas, aunque las disimulaba como defectos inevitables de un carácter ardiente y apasionado. Los enemigos y rivales se multiplicaban en torno del secretario imprudente, al paso que más orgulloso cada vez, chocaba con los personajes más altos y poderosos de la monarquía.—Apenas se dignaba saludar á los señores capitanes que poblaban los Consejos.—Cuando comía en el Estado, se levantaba el primero seguido de sus amigos, sin dirigir siquiera la palabra al duque de Alba, torcido y desdeñoso el rostro, dejando sólo en la mesa al venerable anciano, quitándose por acaso ligeramente la gorra antes de salir.—Contradecía en su vanidad á las personas más graves del reino, y de tal manera, que algun a vez hubieran pasado á lances mayores sin la intervencion de los que presentes se hallaban.

En la administracion de los negocios oía el rey con preferencia su dictámen y le consultaba todos los de gran cuantía. Frecuentemente, en las juntas y Consejos, abusaba de su talento para hacer pesar su superioridad sobre los demás ministros.—Así espuesto siempre al odio de sus compañeros, aborrecido por la nobleza, envidiado por los cortesanos, el círculo de su privanza se iba haciendo cada vez más estrecho; y cada vez más confiado en la condescendiente amistad de su poderoso protector, levantaba más alto sus miras y su orgullo el desatentado secretario.

Acompañado de un astrólogo llamado Pedro de Ilera, amigo y comensal interesado que con su perspicacia y astucia había deslumbrado su talento superior, creíase invulnerable en su fortuna. Miserables adulaadores, atraídos por la fama de su lujo y esplendor, acudían á sus antecámaras á mendigar entre lisonjas los escudos que con mano desdeñosa les arrojaba el valido. Las fiestas, los saraos embriagaban cada vez más su vanidad, halagando sus pasiones con envidiados obsequios. Allí tal vez, cansado de las fáciles y gastadas emociones de sus conquistas amorosas, adquirió esa afición al juego que fué al fin de su privanza una verdadera pasión. El almirante de Castilla, el marqués de Auñón, D. Antonio de la Cerda y algunos personajes se reunían en su casa para entregarse sin testigos á este peligroso entretenimiento. Y luego, bien entrada la noche, pasaban frecuentemente las horas de la madrugada en ostentosas cenas, con gran profusion de viandas y de vinos, refiriendo las anécdotas escandalosas de la corte.

Con tantos defectos, con tan indiscreta conducta unía Antonio Perez cualidades de valía. Su bolsa abier-

ta para los que le rodeaban, socorria indiferentemente á la necesidad ó el vicio, como el vicio y la necesidad se acercasen á implorar su amparo. Más de una vez acudió con dinero en sus apuros á hombres que despues sacudieron la pesada carga del agradecimiento para arrojarle befa y baldon en la hora del infortunio.—Confundidas en su cabeza todas las nociones de la moral, no tenía otro guía que el interés y la conveniencia en sus acciones; pero en la franqueza de su carácter sentía entusiasmo en su alma por los grandes hechos que luego su corrompida razón escarnecía. Hábil alguna vez para disimular, incapaz de atender á las personas que despreciaba, tenía sin embargo la rara casualidad de agradar á primera vista. Pocas personas salían de su presencia sin quedar prendadas de la artificiosa naturalidad con que cautivaba el ánimo de las personas cuyo afecto deseaba. Dominándose en extremo en las ocasiones críticas, sabía inspirar interés y estimación á sus más prevenidos enemigos. Su palabra, persuasiva y elegante, se insinuaba dulcemente en la imaginación de los que le escuchaban, inspirando la más profunda convicción. Así, si bien adquiría la animadversión de los magnates y el odio de los cortesanos, escitaba en las personas más allegadas á su servicio un afecto desinteresado y generoso.

En la austeridad de la etiqueta austriaca, la licenciosa conducta de Antonio Perez disgustaba fuertemente al rey. Pero la inteligencia que manifestaba en los negocios, la lealtad y sincera afición que continuamente demostraba, abogaban poderosamente en su favor. Todo podía perdonarse al hombre que entendía en un momento los designios del monarca, redactando con suma habilidad sus resoluciones; al hombre que, en medio de sus locos devaneos, atendía con aplicada curiosidad á los negocios del Estado. Tras largas horas de escandalosos placeres, debilitado el cuerpo con la disolución y fatigada el alma con la vigilia, sabía encadenarse al trabajo más asiduo si le necesitaba el rey. Por otra parte, Felipe II le profesaba una amistad sincera y le había abierto algunos de los secretos de su alma; aquel corazón reservado y altivo no podía mudar fácilmente de confidentes, porque había pocos hombres á quienes sinceramente apreciase.

En medio de su vida relajada, afectaba Antonio Perez la mayor veneración hacia la religión católica, contemplaba al clero y tenía correspondencia directa con la Santa Sede, correspondencia que en tiempo de su desgracia convirtiéndose en capítulos de culpa. Versado, como pocos humanistas de su tiempo, en la lengua latina, poseyendo el italiano como el español, tenía un fondo no comun de instrucción cristiana y religiosa. Sabía de memoria capítulos enteros de la Biblia; los puntos más intrincados de teología le eran familiares, y explicaba con alta superioridad de razón las obras de San Agustín, de San Pablo, de San Ambrosio y muchos manuscritos inéditos de los Santos Padres, que había recogido Gonzalo Perez en las abadías y monasterios de Sicilia. Favorito por esta razón del alto clero, tenía un fuerte apoyo al lado de Felipe. El nuncio de Su Santidad consultaba frecuentemente al disoluto jóven sobre puntos canónicos y casos eclesiásticos; favorecía con su amistad el arzobispo de Toledo y respetabanle los rectores. ¡Cuán diferente hubiera sido su suerte siguiendo su primitiva conducta, continuando su religiosa atención hacia el clero y hacia el rey, en vez de añadir á sus excesos la ofensa personal al monarca, la despreocupación imprudente de juzgar con livianas palabras el movimiento luterano de Europa!

(Se continuará.)

## UN RECUERDO.

A la Sra. Doña Clara Sala de Sala en la pérdida de su hija Emilia.

¡Triste y santa memoria!  
En el primer albor del primer día  
de inocencia y de paz, de bien y gloria,  
Angel yo la llamé con alegría.

¡Ay! en mis brazos, cariñosa y bella,  
blanca paloma, ella  
al oírse nombrar me sonreía.

¡Y no la veré más!... un año el suelo  
esperé de sus labios la ventura:  
Angel era de amor, y la amargura  
esquivando del mundo, en rauda vuelo,  
á velar por sus padres con ternura  
el ángel puro remontóse al cielo.

URBANO GASCON Y GUIMBAC.



FRANCFORT.

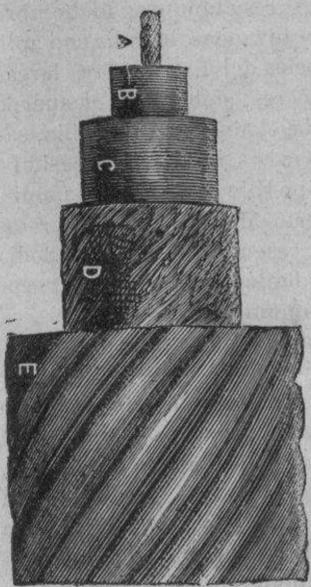


Fig. núm. 1.

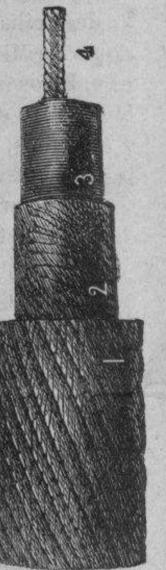


Fig. núm. 2.

CABLE TRASATLÁNTICO.



TRIESTE.

ACTUALIDADES CÓMICAS.



Los austriacos tienen perfectamente guardadas las puertas de Venecia. Por delante de ellos nadie sale de la ciudad.



—¿Qué miras, hombre?  
—Nada, chico; me admiro de que haya todavía quien ofrezca dinero á las clases pasivas.



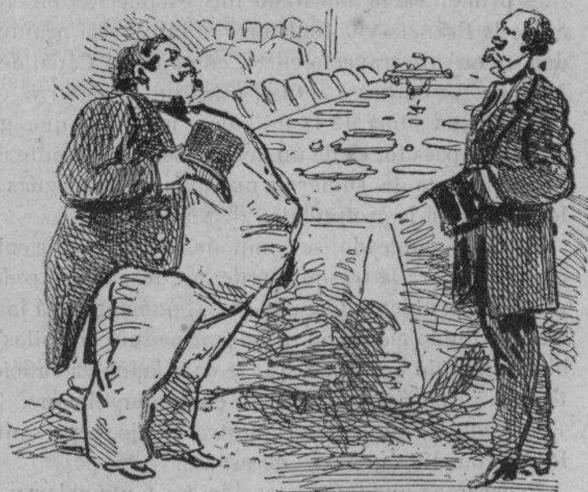
—Pero, Julio, esta carta es para mí ó para mi nieta?  
—Para la dueña de la casa.



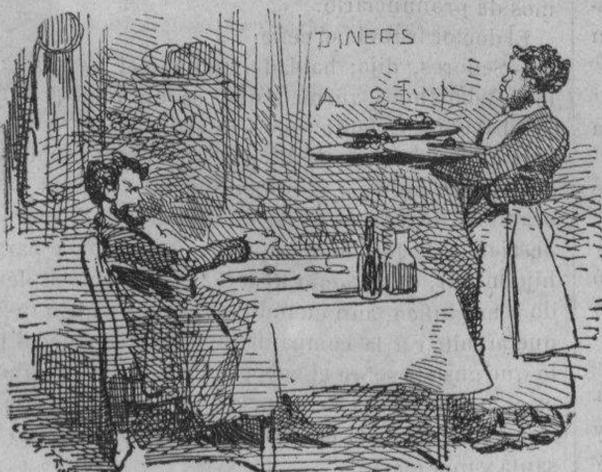
—Ahí tiene Vd. el último figurin.  
—El caso es que mi niña es un poco más grande.  
—Mañana traerá el carpintero uno mayor.



La sala reservada de las reuniones del buen tono.  
—Mamá ¿no reparas aquellos jóvenes que nos miran?  
—Sí, hija; pero verás como no se acercan.



—Aquí, donde Vd. me ve, caballero, llevo veinte años de asistir á banquetes diplomáticos.  
—Y yo treinta de asistir á banquetes patrióticos.



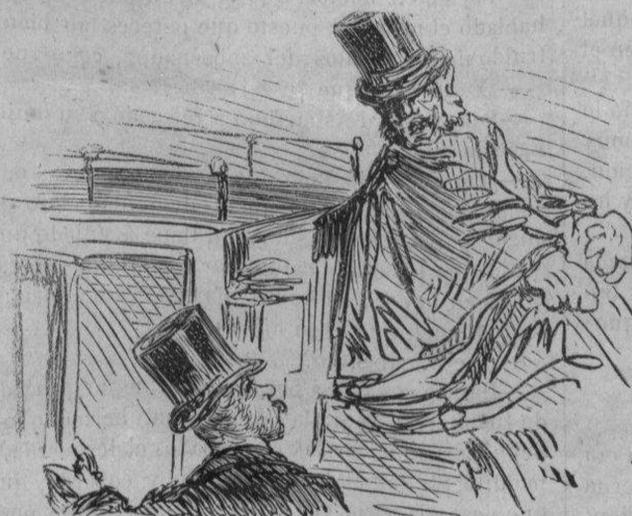
—El plato que me has servido antes me ha parecido pesado.  
—Pesado, señor. ¡Un plato de carne de caballo reventado en una carrera!



—Me iría de buena gana á Alemania, pero como dicen que han suprimido la Dieta...  
—Ya... ¿tiene Vd. miedo de reventar!



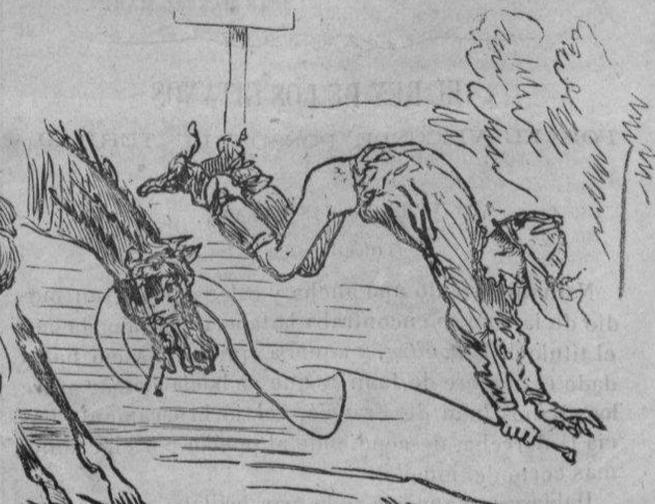
—Puesto que esta tarde me toca salir á paseo, bien me puede Vd. prestar el cinturón.  
—Pero muchacha, ¿no ves que tiene una ccrneta en medio?



—Cochero, á los Campos Eliseos.  
—Bien; entre Vd. y esperaremos que vengan otros quince.



—Mírala ¡qué hermosa es!  
—Me gustaba más cuando vendía *La Correspondencia* á dos cuartos.



En todos los oficios del mundo, la práctica es la que hace los buenos maestros.  
(Pensamiento extractado de las *Memorias de un jockey*.)

## EL TELÉGRAFO TRASATLÁNTICO.

Todo el mundo sabe el mal éxito del ensayo hecho por los ingleses el año último, para colocar en el fondo del Océano el gran cable trasatlántico.

El cable se hizo pedazos, y el *Great Castren*, encargado de conducirlo y de realizar tan inmensa obra, volvió al puerto de su salida, creyendo que la Sociedad que había empleado en ella tan inmensos capitales, desesperaría de ella y renunciaría á su propósito.

Afortunadamente ha sucedido todo lo contrario; la Sociedad, lejos de desanimarse, ha reanudado con ardor sus trabajos, y hoy día está ya instalado á bordo del navío monstruo, un nuevo cable, que sin duda logrará enlazar el nuevo mundo con el suelo británico.

Nuestro dibujo representa la tripulación del *Great Castren* ocupada en enrollar dentro de él esta inmensa serpiente, y las dos figuras que le acompañan, indican su diámetro y su colocación. Nadie hay que desconozca los fenómenos eléctricos; todos comprenden la velocidad del fluido, y su instantaneidad, por decirlo así, de trasmisión, que hace se propague por un hilo de cobre con una rapidez de 177.000 kilómetros por segundo.

El primer cable marítimo fué establecido en 1851 entre la Francia y la Inglaterra, á muy poca profundidad, y en un trayecto corto, como es el Canal de la Mancha. La empresa actual, á la que Inglaterra va á dedicar una suma de 48 millones, igual á la que gastó el año pasado, es de un género completamente distinto. Se trata de sumergir un cable de 900 leguas de longitud, y á la profundidad de 8 kilómetros.

El cable empleado, se compone de un tubo de cobre que sirve para la trasmisión de los despachos, rodeado de una cubierta de gutapercha, que impedirá la salida del fluido eléctrico, y una armadura de hilos de hierro torcido en hélice, que le da la fuerza suficiente para resistir sin quebrarse cualquier choque. Las figuras que acompañan á nuestro dibujo, representan los dos tamaños que han de usarse.

Esperamos que tantos sacrificios, tanto valor y tal perseverancia no serán perdidos, y que en breve podrán comunicarse los dos mundos por este sistema casi tan rápido como el pensamiento, y que es una de las grandes conquistas de la civilización.

## EL CORAZÓN NAUFRAGO.

## Balada.

No hay mar más proceloso que la vida:  
sus olas son las penas y dolores  
que espiran en las playas de la muerte,  
isla en que espera la verdad al hombre.

En ese revuelto mar  
naufrago, sólo, perdido  
va un corazón: ¡no ha tenido  
quien le quiera acompañar!

¡Cómo lucha! ¡Mas en vano!  
¡Es vano su noble brío!  
¡Y es tan jóven! ¡Ah, Dios mío!  
¡No hay quien le tienda una mano!

Si alguna hermosa junto á sí lo viere,  
pasar luchando en vértigo fatal....  
¡Ah, que lo salve! El bardo se lo pide;  
ó el pobre corazón se perderá.

JUAN MANUEL MARIN.

## EL REY DE LOS GITANOS

POR EL VIZCONDE PONSON DU TERRAIL.

## VERSION CASTELLANA.

(Continuación.)

Nathaniel siguió una ancha y estensa calle, en medio de la cual se encontraba la taberna designada con el título de *Schoultry*, y aquel á quien el viejo había dado el nombre de Juan, y que se hacía llamar entre los gitanos Juan de Francia, volvió bruscamente hacia la derecha, descendiendo al puerto por el camino más corto del muelle.

Había ya amanecido, y la mar brillaba como un inmenso espejo, reflejando en vivísimos colores los primeros rayos del sol naciente.

Bajo el cielo de la India se vive de noche y se duerme ó se descansa de día.

Al despuntar la aurora, los habitantes entran en sus casas y se entregan al descanso; con los últimos resplandores del crepúsculo, las calles de una ciudad India se pueblan instantáneamente, los murmullos crecen; alegres cantos se escuchan por doquier; el soldado, aprovechando las horas que el servicio le deja libre, corre á las tabernas; el *Indou* implora la caridad pública; el *bonze* entona su oración de la noche; el *der-viche* gira sobre sus talones y toca con la frente en el suelo (que es la forma de adorar á Dios); la *bayadera* ensaya sus más graciosas posiciones, bailando al compás del ruido metálico que producen sus brazaletes de oro chocando unos contra otros.

En el citado día y como el sol no había aun aparecido en todo su esplendor, los muelles del puerto conservaban aun su natural animación, y un grupo de marineros ingleses rodeaba á una *bayadera* que bailaba al son de un tamboril y de una flauta, cuyos dos instrumentos eran manejados por un indio, ya anciano, el cual con la mano izquierda batía el tambor, y con la derecha pasaba la flauta sobre los labios. A este grupo se dirigió Juan de Francia sin titubear.

Harto preocupados con el baile y con la extraordinaria belleza de la *bayadera*, ninguno de los espectadores fijó la atención en el recién llegado, y este pudo, sin ser apercibido, deslizarse hasta la primera fila, desde la cual, y después de haber mirado atentamente á la muchacha y al anciano, murmuró entre dientes: «Ellos son; he llegado á tiempo.»

Pocos momentos después abandonó el grupo, permaneciendo á alguna distancia y como indeciso sobre el camino que debería tomar. De pronto sonó un cañonazo; era la señal de que las puertas de la villa inglesa quedaban abiertas.

Inmediatamente la *bayadera* cesó en su baile; el anciano recogió su flauta y su tamboril, y los marineros se dispersaron.

Juan de Francia había ya desaparecido y ganado una calle estrecha y sucia, yendo á recostarse en el dintel de la puerta de una casa construida con argamasa de tierra y bambous. Extraños geroglíficos, rarísimas pinturas de rojo y azul cubrían la puerta de aquella habitación. Juan de Francia fingió dormir.

Algunos momentos después, la *bayadera* y el indio, siguiendo el mismo camino que Juan, llegaron al sitio donde aquel se hallaba, quedando sumamente sorprendidos al ver un hombre tendido en el umbral, estorbando el paso al interior: la inmovilidad del jóven era perfecta.

—Parece que duerme, dijo la *bayadera*.

El anciano le dió un puntapié, añadiendo en lengua india:

—¡Fuera de aquí, perro extranjero! ¿No ves que te encuentras en la puerta de un templo?

Juan de Francia volvió la cabeza refunfuñando, y entreabrió los ojos, pero volvió á cerrarlos, y fingió continuar durmiendo, como si no hubiera entendido una palabra.

—Sin duda es un borracho; dijo la jóven.

El indio entonces, separándole á un lado, para tener el paso franco, metió una llave en la cerradura, y la puerta de los geroglíficos giró sobre sus goznes, y volvió á cerrarse, después de haber penetrado en la casa el indio y la *bayadera*.

Rápido como el pensamiento, Juan de Francia volvió á colocarse en su primitiva posición, aplicando la vista y el oído á las junturas de la puerta, las cuales dejaban suficiente espacio entre sí para que aquel pudiera ver y oír todo lo que pasaba y se decía en el interior.

El indio y la jóven hablaban en voz baja; pero no lo bastante para que Juan de Francia, que tenía muy finísimo oído, dejara de enterarse de su conversación. Una sonrisa de triunfo se dibujó en sus labios, y levantándose del suelo con aire satisfecho, dijo:

—Afortunadamente el lenguaje extraño, el idioma ininteligible de los sacerdotes de la India me es tan conocido como el mio propio... ¡Vamos, no puedo quejarme de mi buena suerte!...

## II.

Una hora antes de este incidente y cuando aun era de noche, el *Schoultry de los Brahmanes*, la taberna que Nathaniel había indicado á Sir Roberto Walden, reunía en su sala principal numeroso gentío alrededor de sus mugrientas mesas.

Una docena de oficiales ingleses, saboreando los ricos vinos de Francia, hablaban gravemente y fumaban en esas largas pipas perfumadas, llamadas *Chibouques*, que sólo se fabrican en la India.

—Señores, decía uno de ellos; nadie menos que nosotros debemos sorprendernos de ciertas escurridades, ni mucho menos del *spleen* que más tarde ó más temprano se apodera de cada uno de nosotros, y sin embargo, confieso no haber conocido jamás un hombre más sombrío, más triste ni más taciturno que nuestro gobernador, su gracia lord Asburthton.

—Por mi parte, contestó un jóven abanderado, muchacho de unos diez y ocho años, lo que puedo asegurar es que ignoro completamente si es alegre ó taciturno, porque no se le ve jamás; se oculta constantemente á nuestras miradas ni más ni menos que los antiguos reyes de Persia que, según dicen, pasaban su vida ocultos detrás de una cortina.

—Yo creo, añadió un tercero, que á lord Asburthton le aquejan y consumen grandes pesares.

—Nada tendrá de extraño; se halla separado de su mujer, que según dicen, es estremadamente bella.

—Yo la conozco, dijo un cuarto bebedor, jóven, oficial millonario, y que en Londres era admitido en la sociedad de la más alta aristocracia. Lady Cecily tiene apenas veinte años, es hermosísima, y lord Asburthton ha perdido verdaderamente la cabeza el día en que, en vez de traerla consigo á este encantado paraíso, la desterró á un viejo castillo de Escocia, donde está criando á su segundo hijo, un precioso niño al que su padre ha cobrado mortal aversión desde el día de su nacimiento, sin que se sepa el por qué.

Uno de los bebedores, que desde el principio de esta conversación permanecía durmiendo recostado sobre la mesa, levantó en aquel instante la cabeza, abrió los ojos y miró atentamente á sus compañeros. Era un hombre de treinta años próximamente; sus labios un poco gruesos, su frente despejada, sus cabellos negros, y sus ojos inteligentes, pero en su fisonomía, bella aun, se marcaban ya las huellas de esas dos pasiones fatales que abrevian y consumen la existencia del campeón más fuerte; el juego y la bebida.

—Que sea enhorabuena, dijo uno de los oficiales; aquí teneis al cirujano Bolton que se despierta. Por lo visto, doctor, el *gim* ha sido esta noche muy ligero.

—Tan ligero, señores, que en medio de mi sueño he creído oír el nombre de lady Cecily.

—Y así es la verdad, doctor; precisamente acabamos de pronunciarlo.

El doctor frunció el ceño:

—Señores, dijo; hablad cuanto mal os plazca de lord Asburthton; afirmad que es un hombre brutal, arrebatado y violento que acabará por arruinar nuestra influencia en la India por sus excentricidades y crueldades inútiles; poco me importa. Añadid que es orgulloso de su raza hasta el ridículo; pues cree que descende de Júpiter Olímpico, y que sueña para su hijo mayor, el pequeño Roger, un porvenir espléndido y magnífico, aun cuando para conseguirlo tuviera que arruinar á la compañía de las Indias; decid todo lo que gustéis sobre el gobernador, seguros de que no os contradeciré; pero respetad á lady Cecily, que no sólo es un ángel de bondad y de hermosura, sino una santa y una mártir.

—¿Conque tan bella es? preguntó uno de los oficiales.

—Lo bastante para volveros á todos locos, si la conocierais y la tratarais.

—Pues bien doctor, dijo el jóven oficial que había hablado el primero; puesto que pareceis tan bien instruido de los asuntos del gobernador, cuéntanos....

—¿Y qué es lo que deseáis saber?

—Por qué lord Asburthton á relegado á su mujer en Escocia.

—¿Por qué? dijo Bolton con aire sombrío; porque siempre existe en la tierra un demonio celoso de un ángel; porque lord Asburthton tiene á su lado un mal genio que ha osado calumniar á la duquesa, despertando en su corazón dudas infames sobre el nacimiento de Lionel, que es su hijo menor.

—¿Y ese mal genio?....

—Ha llegado ayer á bordo de un buque procedente de Inglaterra; es Sir Jak Asburthton, hermano menor del gobernador; Sir Jak el jorobado, el desheredado, el maldito; Sir Jak el de alma villana y cobarde, que lo que desearía sería ver morir, lo más pronto posible, al niño Roger, ¡como acaba de morir en Escocia su hermano Lionel!

—¿Qué decís? preguntaron todos los oficiales con sorpresa y ansiedad; ¿el último hijo de la duquesa ha muerto?

—Sir Jak ha traído la noticia.

—¿Y lord Asburthton no ha significado ningún sentimiento?

—Ninguno: el gobernador no ama á nadie; y si su hijo mayor, si su heredero llegase á morir, su orgullo sufriría extraordinariamente; el par de Inglaterra deploraría tan sensible pérdida, pero lo que que es el hombre.... jamás.

—Así es la verdad, señores; el cirujano Bolton habla como lo que es, como un sabio; dijo entonces una voz desde el dintel de la puerta; cuanto acaba de decir es de una exactitud irreprochable.

Todo el mundo volvió la cabeza, y un ¡hurra! general se exhaló de todos los labios.

—¡Bravo! dijo Bolton con marcada alegría; ¡bien llegado sea entre nosotros el muy honorable Sir Roberto Walden!

—Mil gracias, señores; y os saludo.

El caballero conducía por la mano á la gitanilla, que paseaba su mirada atónita sobre todos aquellos brillantes uniformes.

—Señores, dijo Sir Roberto; tengo el gusto de presentaros el fruto de mi caza nocturna. Mirad, qué bonita gacelilla he tropezado en mi camino.

Y Sir Roberto, diciendo esto, acariciaba la cabellera en desorden de la pobre niña cubierta de harapos; después continuó:

—Cualquiera creería, por lo delicado de su cutis y la pureza de sus facciones, que es, por lo ménos, hija de una lady. ¡Pobre niña, cuánto debe sufrir entre los suyos!

—Pero, si no me engaño, dijo Bolton, esa niña parece una de esas gitanillas que en los días de fiesta vagan por las calles de Calcuta implorando la caridad pública?

—Precisamente.

Sir Roberto contó entonces, como por casualidad se había convertido en protector momentáneo de aquella muchacha. Después, colocándola sobre sus rodillas, y sentándose á la mesa de los oficiales, sirviéndole un vaso de Champagne, dijo.

—Si no es indiscreta la pregunta, dijo el abanderado, ¿podemos saber de dónde venís, querido Sir Roberto?

—De los bosques de Burdwan, donde he cazado el elefante.

—¿Y venís á Calcuta para cazar el tigre?

—Justamente.

—En ese caso, dijo un nuevo oficial de Estado mayor que apareció en la puerta del salón, va á cumplirse inmediatamente vuestro deseo.

(Se continuará.)

## NAPOLEON BONAPARTE.

¡Tolon! ¡Waterlío! Ved aquí los dos nombres, las dos columnas, sobre las cuales había de levantarse el trono del primer capitán de nuestro siglo.

Antes de Tolon se divisaba ya el crepúsculo de la mañana, los albores de un día esplendoroso; más allá de Waterlío sólo se extiende el crepúsculo de la tarde, las sombras de la noche, de la nada.

Ha dicho Montesquieu, que los hombres nunca faltan para las circunstancias: y esto que de los hombres dice el autor de *El Espíritu de las leyes*, puede y debe aplicarse á las naciones.

Así como el pueblo romano llevó á todos los pueblos la idea de la unidad social, y los pueblos del Norte la idea de la personalidad humana, el pueblo francés debía llevar á todos los ámbitos del mundo la idea de la enciclopedia del siglo XVIII, la idea social.

Necesitábase para tan alta empresa de un hombre nacido de las mismas entrañas del pueblo; de un hombre de corazón esforzado, de vasta inteligencia, de voluntad incontrastable; de un hombre capaz de sobreponerse á todas las envidias, de contrarrestar todos los intentos, de vencer todos los obstáculos.

Y para tales fines manda Dios al mundo á Napoleon Bonaparte.

Alejandro es el descendiente de Filipo; Augusto es el sobrino de César; Carlo Magno es el heredero de Pipino; Napoleon no es el heredero de nadie; es el génio que todo se lo debe á si mismo.

Cárlos y Leticia Ramorino, sus padres, no han po-

didado legarle un cetro de príncipe; tan sólo le han podido ofrecer una simple plaza de cadete en el colegio militar de Briena; mas, ¿qué importa?

Napoleon, precisamente porque nada debe á su cuna, dispuesto con la osadía del génio á conquistar á todo trance lo que el nacimiento concediera al discípulo de Aristóteles, al amigo de Mecenás ó al admirador de Alcuino, se propone con la punta de la espada hacer frente á los dos siglos que le salen al paso, imponerles silencio, domeñarles y asentarse entre los dos, como su señor omnipotente.

Y todo lo consigue; y todo lo alcanza.

Porque Napoleon es el Benjamin de la fortuna.

Sol, cuya luz está destinada á eclipsar á todos los astros; desde Kleber, el génio de la guerra, hasta Constant, el génio de la jurisprudencia; desde Sieyes, el génio de la política, hasta Talleyrand, el génio de la diplomacia; desde Cambacères, el génio de la gobernación, hasta Fouché, el génio de la policía; no hay uno que no se rinda instrumento dócil á los designios del gigante.

Sólo así se concibe la historia de ese coloso, que, subteniente á los 18 años, general á los 26, cónsul á los 30, emperador á los 35, nos cautiva, nos embelesa, nos asombra, cual si su historia fuese el cuento de algún hada, ó el ensueño de una imaginación calenturienta.

Sólo así, sonriéndole por todas partes la victoria, y el triunfo más feliz coronando sus planes por do quiera, se concibe que el imperio del mundo sea el anhelo más decidido, más constante del que, no por renegar mil veces de su madre, dejará de ser jamás el ídolo de la multitud, como lo fueron todos los grandes capitanes de la antigüedad; como lo fué César, su modelo.

Adórnale, como á aquel, un talento portentoso, un corazón ajeno á los peligros, una ambición sin límites y un génio emprendedor, aun para las cosas más audaces y levantadas. César es más político que guerrero; Napoleon es, más que guerrero, político. César, triunfador, dictador y cónsul, no descansa hasta que se ciñe la corona imperial; Napoleon, general, cónsul por diez años, cónsul perpétuo, no se detiene un sólo paso hasta coronar su cabeza con la diadema del imperio. El vencedor de Farsalia, fija siempre la mirada en Roma, por más que se halle de ella á muy luenga distancia alejado, destrona á reyes, subyuga á pueblos, ora se llamen belgas, ora helvecios, ora españoles, ora galos, llenando el mundo con el estruendo de sus armas; Napoleon, ora piense en el imperio de Oriente, ora en el de Occidente, fija siempre la mirada en París, por más que su cuerpo esté de él alejado á muy luenga distancia; destrona á reyes como César, y como César subyuga á pueblos, llevando hasta las regiones más apartadas el pavoroso terror de sus ejércitos.

¿Quién se considerará con fuerzas suficientes para colocarse frente á frente de aquel que, no reconociendo supremacía en la tierra, ve solo en Necker á un maniático; en Mad. Staël á una habladora; en Chateaubriand á un mentecato; en los oradores, charlatanes; en los economistas, soñadores, y en los literatos, comerciantes? ¿Quién será capaz de oponerse á aquel que, precedido del terror, acompañado de la victoria, pasea de Europa al Africa y del Africa al Asia, cual si se paseara por su gabinete? ¿Quién será osado á contrarrestar el poder de aquel que ha llegado á escribir con su espada en el mapa del mundo, los nombres de Montenote y Lodi, de Arcola y las Pirámides, de Marengo y de Ulm, de Austerlitz y de Jena, de Friedland y de Moskowa, con la misma facilidad que si escribiese un artículo para su código, ó un suelto para *El Monitor* ó una carta para el sabio Oriani?

Pero ¡ah! llega un día en que la Providencia dice: basta.

Y la nación que había vencido á Cartago en Sagunto, á Roma en Numancia y á Carlo Magno en Roncesvalles; la España que había dado el ejemplo sin igual en los fastos de la historia del mundo de ser durante ocho siglos el centinela avanzado de la Europa contra la dominación musulmana, despierta del letargo en que yaciera, apresta á sus hijos al combate y al grito de libertad é independencia humilla ante sus plantas en Bailén las hasta entonces invencibles huestes del tirano.

Y el intrépido de Arcola, conducido por la fatalidad ante las llamas de Moskou, presagia desde las ventanas del Kremlin el instante en que el sol, que tan risueño se le presentara en el Oriente de Austerlitz, le abandone triste en el ocaso de Waterlío.

Y el hombre, cuya gloria condujera la trompa de la fama desde el monte Tabor hasta las aguas del Atlántico, y desde el fuego del Sahara hasta los hielos de la Siberia; el gigante, á cuyos piés había, puede decirse, temblado el universo; descendiendo, como descienden todos los ambiciosos, como descienden todos los despotas, desde la altura del Capitolio á la profundidad de Santa Elena, donde encerrado como un criminal, hasta se le escatima el alimento.

El vencedor de cien batallas, el conquistador de cien naciones, necesitaba para que su figura apareciese aun más grandiosa á la posteridad, que la desgracia le poetizase.

Y la desgracia le poetiza con las crueldades del tigre de Longwood, del inhumano esbirro Hudson.

Ved de qué manera llega á ser Napoleon afortunado en su desgracia.

Aunque sus cenizas están aun humeantes para que la historia le juzgue con la imparcialidad que le es debida; yo, que como cristiano abomino al ambicioso, cuyas glorias embriagaron al pueblo francés hasta el extremo de apartarle de la verdadera senda del progreso; yo, que como español no me canso de maldecir al falaz tirano de mi patria, bendigo siquiera una vez como hombre al que filósofo en París, católico en Milán y muslim en el Kairo, cumple su destino providencial sustituyendo la tolerancia al fanatismo; y realiza su misión popular ostentando por capitanes de sus huestes en Moskou una legión de reyes y de príncipes.

ABDON DE PAZ.

## A LAURA.

Soneto.

Pídeme el oro que la Arabia cria,  
pídeme cuantas perlas nacaradas  
entre espumantes olas agitadas,  
encierra el seno de la mar bravía.

Pídeme la brillante argentería  
conque al circo acudían ataviadas  
aquellas, al deleite consagradas,  
cortezanas que Roma admiró un día.

Sedas, diamantes, perlas y zafiros,  
circasiana doncella, eunuco esclavo,  
y hasta del sol los luminosos giros.

Cuanto en los orbes hay de cabo á cabo  
pídeme Laura, al son de tus suspiros,  
y... ¡te diré que estoy sin un ochavo!

CONSTANTINO GIL.

## FRANCFORT.

Una de las villas más importantes de Alemania, y centro hoy de las operaciones militares en la guerra entablada entre el Austria y la Prusia. Su situación no puede ser más pintoresca, hallándose colocada sobre el ameno y estendido valle del Mein, y rodeada de elegantes palacios y magníficos parques.

Sus fortificaciones fueron arrasadas en la época del Imperio, habiéndose construido en su lugar bellísimos paseos públicos. Los barrios antiguos sólo contienen algunos edificios interesantes bajo el punto de vista arqueológico; pero los modernos ofrecen deliciosas perspectivas por su anchura, elegancia y buen gusto. Las iglesias son notables y numerosas, consagradas las unas al culto luterano, que cuenta en Francfort con muchos adeptos, y las otras al culto católico. Entre estas últimas descuella la de San Bartolomé, donde en otro tiempo se coronaban los emperadores de Alemania. Esta basílica, comenzada en el siglo VIII por el emperador Luis el Germánico, posee un soberbio campanario, desde el cual se disfruta del más admirable panorama.

Francfort es una villa antiquísima. Carlo Magno pasó por ella el Mein con su ejército, y derrotó á los sajones acampados en la otra orilla. Después de haber sido capital del imperio, se declaró ciudad libre en 1257, pero perdió sus privilegios en 1806, cuando Napoleon constituyó el Gran Ducado de Francfort en provecho del príncipe Carlos de Dalberg, que debía escoger por su heredero á Eugenio de Beauharnais. En 1815 recobró su libertad, y fué el asiento de la Confederación.

El poder soberano pertenece á la municipalidad, que solo puede componerse de cristianos. Desde 1848, Francfort es el gran centro de la vida política de la Alemania, y puede considerarse como la cabeza y la capital de esa patria germánica, que comienza al otro lado del Rhin, y que tantos esfuerzos hace en la actualidad para constituirse.

Editor responsable, P. A. LAMARTINIÈRE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS Cabeza, 12, principal.



EL PRINCIPE FEDERICO CARLOS,  
GENERALÍSIMO DEL EJÉRCITO PRUSIANO.

### EL PRÍNCIPE FEDERICO DE PRUSIA.

Uno de los generales más notables del ejército prusiano, y que ha mandado en jefe la expedición contra Dinamarca. Hoy que los acontecimientos han arrastrado á su país á una terrible lucha, creemos sabrá alcanzar en ella nuevos laureles, ilustrando el alto nombre que lleva.

Sabido es que el ejército prusiano es por su organización y su disciplina uno de los primeros de Europa, á lo cual no han contribuido poco los esfuerzos de sus jefes, y las campañas parciales que ha sostenido de algun tiempo á esta parte. Nadie duda que en la que ha emprendido últimamente con el Austria, sabrá poner el sello á su reputación.

### LA PRIMER LÁGRIMA.

A LESBIA.

Lesbia mía, nace el día  
entre la dulce armonía  
de los pájaros cantores  
y de la fuente al rumor.  
Se despierta el orbe entero  
de su sueño placentero,  
y va lentamente entrando  
en el vívido calor.

Ya se dora la colina  
con la lumbre matutina;  
ya se evapora del valle

el rocío que allí fué.

El labrador desaparece  
del techo que le guarece  
y en el campo que cultiva  
míralo, Lesbia, de pié.

Así de tu amor naciera  
la aurora fresca y ligera  
dentro del pecho dormido  
al amante frenesí.

Pálida y descolorida  
vino al mundo de la vida,  
y hoy es lumbre que arde espléndida  
y brilla de amor por tí.

Mas ¡ay Lesbia! que á la tarde  
el sol cansado no arde  
con la luz del mediodía  
que las mieses fecundó.

Las aves, el firmamento  
cruzan, perdido el aliento,  
en demanda de otra aurora  
cual la aurora que pasó.

Las flores místicas y solas,  
doblan sus tristes corolas,  
porque el céfiro se ausenta,  
porque se apaga la luz.

Avanza yerta la noche  
y cierra su oscuro broche  
la primer gota de lluvia  
del enlutado capuz.

Guarda, Lesbia, que se acabe  
ese sol de amor suave  
que ahora brilla en tu horizonte  
y vida y calor te dá.

Porque si espira su encanto,  
negras horas de quebranto  
vendrán con la primer lágrima  
que de tus ojos caerá.

MODESTO LLORENS.

### SOLUCION

al Salto del Caballo del número anterior.

Es mi primera y segunda  
del alfabeto una letra,  
y una nota de la música  
es el nombre de mi tercia:  
mi cuarta y quinta fué causa  
de conservarse en la tierra  
los animales que existen,  
y de Adán la descendencia,  
y el todo irá derecho  
al infierno cuando muera,  
si en vida no se arrepiente;  
por ser un hombre que niega  
alguna verdad de fé  
de la católica iglesia.

(La solución á esta charada se publicará en el número inmediato.)